

hospitalario, hidalgo, valiente y justiciero;  
de este genio, que ha escrito casi la historia humana  
con rasgos de una aguda tizona toledana,  
porque al marcar su rumbo, de su destino en pos,  
llevaba en sus entrañas la bendición de Dios.

Molinos del Quijote, gigantes Briareos  
de cien brazos que giran en lentos devaneos,  
como la rueda loca de la fugaz fortuna,  
ya en los días de sol, ya en las noches de luna,  
rimando extraños cánticos de un místico lenguaje  
con el tosco chirrido de su viejo engranaje,  
mientras el silencio extiende sus alas bienhechoras  
y dan vueltas, cogidas de las manos, las horas,  
formando ese cortejo del eterno compás  
de las cosas que pasan y no han de volver más,  
de las horas que cruzan en un séquito lento  
como aspas de molino movidas por el viento...

Yo sé que vuestras quejas, como las quejas mías,  
son el trémolo fúnebre de muertas hidalguías,  
de olvidadas virtudes en la historia española,  
que hicieran del «suum cuique» su más fúlgida aureola.

¿Dónde están los que hicieron de su misma agonía  
resurrección, y de su pasión epifanía  
y se quitan la venda para el prójimo herido  
—eternos Cirineos del misero caído—  
y para el indigente vacían su granero  
y son amigos fieles del lobo y del cordero?

¿Dónde los que en el tímpano de cristal de su ser  
vibran sonidos dulces que nadie ha de entender?

¿Dónde están esas almas azules y serenas  
que gozan arrastrando las cruces de sus penas  
y llevan la justicia al punto donde alcanza  
el vuelo de su vista y el hierro de su lanza?

¿Dónde los que perfuman de virtudes sus males  
y beben hiel amarga y duermen en zarzales  
y comen el pan ácido de toda decepción,  
pero tienen henchido de paz su corazón?

Molinos del Quijote, gladiadores heridos  
que estáis desvencijados, dolientes, carcomidos,  
mutilados, deshechos, olvidados, vencidos...

Centinelas gallardos de los páramos secos,  
que otra vez contestaron a vuestro alerta en ecos,  
cuando érais poderosos y alzábais vuestras frentes  
y en alardes de fuerzas, vuestros brazos potentes;  
¡morid ya! Yo lo ansio, decrepitos gigantes.  
Doble llave ha cerrado la tumba de Cervantes.  
Ya no quedan Quijotes, ni quedan Rocinantes.

**Juan José Escribano de la Torre. (†)**

... ¡Cuánto amor y cuánto dolor hay en estas estrofas escritas hace algunos años por Juan José Escribano! Al desempolvarlas y publicarlas nosotros hoy, lo hacemos con la noble idea de rendir un sencillo homenaje al llorado poeta manchego, vida segada en plena juventud, cuyos ojos se cerraron con la melancolía de quien elevaba el alma abatida por el abandono en que yacían aquellos lugares cervantinos, tan amados por él...